

Querer todo

Recién había salido de la universidad. Me había graduado con notas casi perfectas, fueron varios años de estudio de la carrera de Medicina y otras más para la carrera de Bioquímica. Estaba decidido en crear la cura para todas la enfermedades, y que no iba a parar hasta encontrarla. Lo que me motivaba a hacer esto era por fin reconocer el reconocimiento que merecía por tantos años de estudio. Me llaman Clark y les voy a contar cómo terminó todo, por querer lograr todo.

Unos meses después de haber salido de la universidad decidí mudarme a un pueblo pequeño, en el campo, en el cual la gente no se entrometiese en mis experimentos y alejado de la ciudad, específicamente en un sótano, para dedicarme completamente a encontrar la cura para todas la enfermedades. Sabía que iba a ser un proceso difícil pero no me importó, solo quería lograr el objetivo. Después de unos largos años, logré tener la fórmula más acertada. Estaba emocionado de estar tan cerca, tanto que la codicia me ganó, sabía que había que hacer muchas pruebas más antes de poder probarlo con una persona. Estaba desesperado, se los juro, tuve que llamar a alguien con una enfermedad sin cura para poder probar la fórmula. Era un hombre del pueblo el cual hace unos meses le habían detectado una enfermedad incurable, la verdad nunca había entablado una conversación con él, pero por lo que decían en el pueblo era una persona noble, amable y muy caritativa. Me enteré de su caso gracias a que se había hecho muy popular en el pueblo. Como les dije al principio, era un pueblo pequeño donde todos se conocían.

Pensé mucho antes de llamarlo, pero no podía más, necesitaba saber que todos estos años de estudio e investigación sirvieron de algo. Marqué su número y me contestó rápidamente. Le conté sobre la fórmula y emocionado y feliz me respondió con un sí. Cabe recalcar que no era tonto como para decirle que la prueba aún no estaba del todo lista.

Le dije que viniera lo antes posible, le pregunté si podía mañana, él me dijo que sí, al día siguiente sonó el timbre, yo había estado toda la noche preparando todas las cosas para que saliera lo más perfecto posible. Aun así seguía nervioso de lo que podía pasarle al hombre. Subí las escaleras para abrirle la puerta. Él me estaba esperando con una sonrisa de par en par. Lo invité a sentarse para prepararlo, al igual que tenía que preparar la fórmula dentro de una jeringa. Luego de unos minutos le pregunté al paciente si ya estaba listo para que le inyectara la fórmula. Me dijo que sí. Con nervios se la puse, en ese mismo instante se desmayó. La fórmula aún no estaba lista. Me puse las manos en la cabeza y grité, no debí ponerla, no había creado una cura, había creado algo mucho peor.

Fernanda Catalina Guerrero Quiñones
Segundo de Secundaria